

LA IGLESIA CATÓLICA, SEGÚN CHESTERTON

Gilbert K. Chesterton (1874 – 1936) es uno de los grandes literatos contemporáneos de habla inglesa. Desde su conversión al catolicismo en 1922 frecuentó con ingenio el género apologético que ya había desarrollado en obras anteriores. Entre sus libros sobresale la que escribiera en 1935 y que tituló “*El hombre eterno*”. Parece legítimo considerar este texto como el fundamento de la corriente apologética inglesa que florecerá más tarde en autores de la talla de C.S. Lewis.

En la *Conclusión* de su obra nos ofrece una especie de credo en la Iglesia católica, encarnación histórica del Cristo del Evangelio, institución verdaderamente sorprendente y misteriosa en la que el Espíritu está permanentemente presente y perdurará hasta el final de los tiempos, aunque a veces tengamos la tentación de pensar que está desapareciendo. Recordemos las últimas palabras de su obra:

“Esta realidad solitaria cuyo perfil parece, al principio, tan extraña, sigue siendo sólida y sana en su sustancia. Sigue siendo el moderador de todas estas manías, rescatando la razón de los pragmáticos, lo mismo que rescató la risa de los puritanos. Repito que he acentuado deliberadamente su carácter intrínsecamente desafiante y dogmático. El misterio está en cómo algo tan sorprendente puede ser tan desafiante y dogmático y, sin embargo, convertirse en algo perfectamente normal y natural. Como ya dije, considerando el hecho en sí mismo, un hombre que dice ser Dios puede compararse a un hombre que diga ser cristal. Pero el hombre que dice ser cristal no es un cristalero capaz de hacer ventanas para todo el mundo. No es alguien que permanezca todas las épocas como una figura brillante y cristalina a cuya luz todo resulta tan claro como el cristal.

Pero esta locura ha seguido dando muestras de cordura. Ha perdurado en su cordura mientras todo lo demás enloquecía. El manicomio ha resultado ser una casa a la que, siglo tras siglo, los hombres vuelven continuamente como retornando al hogar. Éste es el gran enigma: que algo tan abrupto y anormal se considere aún un lugar habitable y acogedor. No me importa si el escéptico dice que se trata de una historia increíble. No me cabe en la cabeza cómo una torre tan frágil podría permanecer tanto tiempo en pie sin un fundamento firme. Y, aún menos, cómo pudo convertirse, cómo se convirtió de hecho, en el hogar del hombre. Si, simplemente, hubiera aparecido y desaparecido, podría haber sido recordada o explicada como el último salto de un arrebatado de ilusión: el último mito de la última inspiración, en el que la mente golpeó el cielo y se quebró. Pero la mente no se quebró. La mente católica es la única que permanece intacta frente a la desintegración del mundo. Si fuera un error, no hubiera podido durar más que un día. Si se tratara de un mero éxtasis, no podría aguantar más de una hora. Sin embargo, ha aguantado dos mil años, y el mundo, a su sombra, se ha hecho más lúcido, más equilibrado, más razonable en sus esperanzas, más sano en sus instintos, más gracioso y alegre ante el destino y la muerte, que todo el mundo que no se acoge a ella. Pues fue el alma del cristianismo lo que emanó del increíble Cristo, y el alma del cristianismo era sentido común. Aunque no nos atreviéramos a mirar Su rostro, podríamos contemplar Sus frutos, y por Sus frutos le conoceríamos. Los frutos son sólidos y su fecundidad mucho más que una metáfora; y en ninguna parte de este triste mundo son más felices los muchachos a la sombra del manzano, o los hombres mientras pisan la uva y entonan alegres canciones, que bajo el fijo resplandor de esta luz repentina y acogedora. El relámpago se hizo eterno como la luz”.